**Задания для самостоятельной работы по теме 5**

**Текст для анализа**

[*¿Es posible vivir en dos mundos diferentes y cambiar de uno a otro siempre que lo deseemos?¿Es posible una realidad que se ordene de acuerdo con la primera letra de cada palabra?¿Qué pasaría si en este orden alfabético se empezaran a perder letras? En esta novela, Juan José Millás (nacido en Valencia en 1946) recrea con ingenio la existencia de un mundo ficticio que, en el fondo, puede que no nos resulte tan extraño.*]

A partir de ese instante el deterioro se aceleró. Perdimos por ejemplo la palabra *armario*. Hay objetos cuya presencia se puede soportar durante algún tiempo sin saber cómo se llaman. Pero un armario sin nombre es una boca. Al pasar junto a ellos nos apartábamos lo que daba de sí la habitación o el pasillo en el que se encontraban para no ser devorados por aquellos labios como puertas. De modo que en un arranque de valor los abrimos y tras sacar las mantas, la ropa de invierno y en general lo que en una revisión urgente se consideró que podía resultar más útil, comenzamos a tapiarlos abandonando dentro muchas pertenencias, en parte por las prisas, pero también porque temíamos desatar las iras de aquellos extraños agujeros si llegábamos a vaciarlos del todo.

Dentro quedaron, pues, trajes muy tristemente colgados de las perchas en medio de la carnosa oscuridad. Circularon rumores de que algunos desaprensivos habían emparedado animales domésticos o personas de las que querían desprenderse. Lo cierto es que en muchos edificios se escucharon durante algún tiempo ayes de desesperación y quejidos desgarradores procedentes del interior de sus paredes. La policía no intervino porque vivíamos ya en un grado de desorden donde asuntos como éste carecían de importancia, pero también porque, al no disponer de las cosas ni de las palabras con que éstas se nombraban, perdíamos en seguida la capacidad de extrañarlas. Es imposible echar de menos algo que no existe ni como objeto ni como vocablo. Cuando se clausuraron los armarios, ya no nos acordábamos, por ejemplo, de que habíamos tenido mesas.

Las casas, con esta última pérdida, adquirieron aspecto de bazar. Los pasillos estaban inundados de sábanas, mantelerías, mantas, abrigos, pantalones, chaquetas, cajas de galletas antiguas con fotografías, objetos inservibles que no se habían tirado por lástima y todas esas cosas que se van depositando en el fondo de los armarios a lo largo de la vida. Como también se habían clausurado los aparadores y las alacenas, que, si pudiera decirse de este modo, constituyen diferentes manifestaciones de la “armariedad”, los suelos de la cocina y del salón habían recibido las cristalerías, vajillas, sartenes y todo lo demás. No se podía andar por la casa sin tropezar, pero nos acostumbramos muy pronto también a esa nueva forma de barbarie: nos parecía normal vivir así, como antes nos había parecido normal vivir de otro modo.

Yo miraba a mi alrededor y sentía que era el único que sufría, quizá porque estaba dentro y fuera de la caja al mismo tiempo y me costaba más olvidar lo que perdíamos. Por esa época se nos cayeron también de la dentadura del vocabulario otras piezas: desayuno, comida y cena, pero casi no nos dimos cuenta, pues hacía tiempo que no nos reuníamos a las horas correspondientes: nos limitábamos a comer de pie y con las manos en el momento del día o de la noche que sentíamos hambre.

Lo peor, con todo, no llegó hasta que empezamos a perder las letras. Aquel día, yo había decidido decirle a Laura que la quería. No me gustaba la idea de confesárselo de esa manera convencional, pero una vez tomada la decisión estaba tan nervioso que era incapaz de pensar una fórmula alternativa. Por otra parte, al haber comenzado a ser un bien escaso, las palabras tenían más significado que antes, así que *te quiero* estaba bien en lineas generales.

Me deslicé, pues, como un escarabajo solitario por las calles sin nombre, en busca de su barrio, y cuando estuvimos juntos, la abracé contra una pared, le conté las pestañas del párpado superior derecho (todos los días le contaba las pestañas y memorizaba las que tenía en cada párpado para reconstruir sus ojos por mi cuenta si algún día perdíamos la palabra *pestaña*), se las conté, en fin, y después le dije entre dos besos:

* Te *quieo*, *Laua*.

Asombrado por esta pérdida repentina de la *R*, repetí la frase con idénticos resultados:

* Te *quieo*, *Laua*.
* ¿Te pasa algo? – preguntó.
* No consigo *ponunciá* esa *leta* que está *ente* la *E* y la de *O* de te *quieo* o *ente* la *U* y la *A* de *Laua*.

Laura se rió y apartándome un poco con las manos dijo:

* Déjate de *bomas*.

En ese instante comprendimos que se nos acababa de caer la *R* del abecedario y nos dio miedo continuar hablando porque nos sentíamos ridículos cada vez que tropezábamos con una palabra que tenía esa letra. Por mi parte, antes de iniciar una frase, la repasaba toda entera para sustituir por otras parecidas las palabras con *R*. Y Laura hacía lo mismo, de manera que la conversación resultaba extremadamente lenta y agobiante. Por fin, desafiando al ridículo, dije:

* Sólo *queía decite* que te *quieo*.

La maldita *R* estaba en todas partes.

* No hables así – dijo ella a punto de llorar. – *Paece* que te estés *bulando*.

Llevaba razón, parecía una burla.

(Juan José Millás. *El orden alfabético* (1998) – pp. 75 – 78).